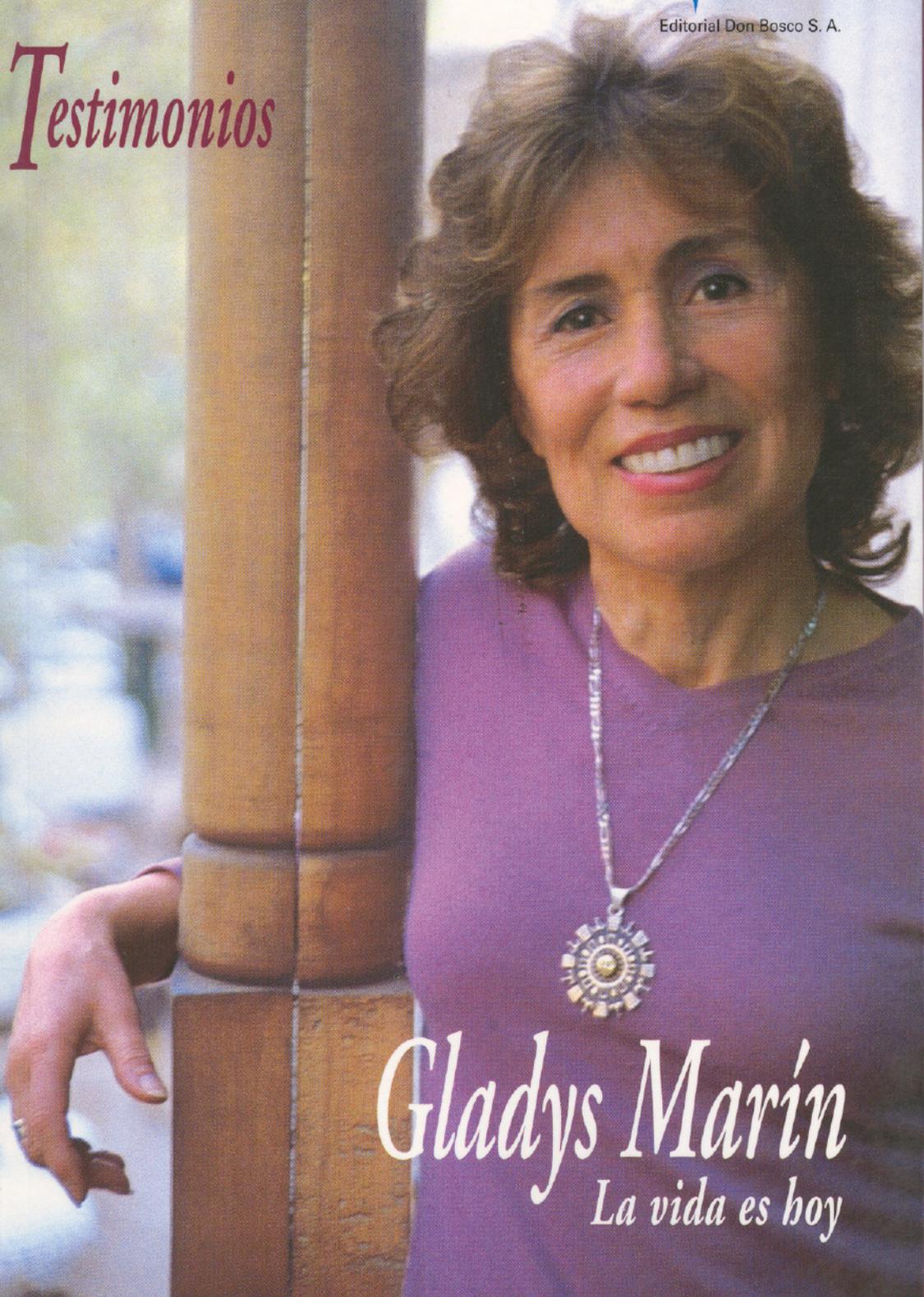


Testimonios



Gladys Marín
La vida es hoy

II

NIÑEZ DESCALZA POR CUREPTO

Lela, mi abuela materna, cuenta, en una carta que me envió al exilio, que cuando yo nací me recibió en sus brazos. Fue un 16 de julio de 1941. Había atravesado apresuradamente el estero que conduce a Curepto. Hizo parte del camino a caballo, estaba oscuro y ella gritaba de susto todo el tiempo. Llegó a la casa, donde la esperaban con una cazuela que se comió rápidamente; al nacer yo, me recibió en sus brazos, igual que a mis tres hermanas, Silvia, Nancy, Sonia. Nunca le había escuchado hablar de esto; seguramente fue la larga e injusta separación la que abrió puertas en sus recuerdos.

Curepto es un pueblo pequeño de la Séptima Región que abandoné siendo muy niña. En posteriores viajes he tratado de reconocer el paisaje de mis primeros tiempos. Por relatos de mi madre, Adriana, y mi nana he sabido que vivíamos en una casa grande, con un corredor central donde había muchas plantas. Rodeada de un patio muy grande, con un parrón. A la casa llegaban carretas de donde bajaban sacos con cosecha. Cerca del parrón amarraban caballos. Mi hermana Nancy cuenta que en ese parrón grande había espacios donde caía el sol. Allí recuerda haberme visto, muy pequeña, jugar en un cajón espacioso, algo así como un corral.

Cuando he vuelto a visitar mi pueblo natal, he conocido a los hermanos de mi padre, nuestros tíos. Son gente muy modesta, muy pobre. La familia de mi padre también poseía algunas hectáreas, pero eran tierras pobres, de rulo. En ellas cultivaban chícharos, papas, arvejas, lentejas. Siendo Curepto un pueblo típico del sur de Chile, está también habitado por muchas familias árabes, que le dan su impronta especial.

Allí pasó mi primer año y un poco más de mi infancia. Mi madre era maestra de escuela; mi padre, campesino, administraba un Club Social. Tuvieron “algunos problemas”: como 40 hijos de mi padre repartidos por el distrito, y mi madre decide abandonar el pueblo. Partimos una tarde de Curepto a Sarmiento, otro pueblo pequeño, cerca de Curicó. Cuando mi madre deja el pueblo, mi padre nos acompaña hasta la pasada del río Mataquito; en ese tiempo no había puente. Veníamos en una carreta cargada de cosas, con las pertenencias que podíamos trasladar. Todo esto lo sé por oídas.

Entre las cosas que he logrado saber, está el hecho de que mi madre supo que mi padre tuvo muchos hijos antes de casarse, varios de ellos de su edad. En la escuela había varios hijos de mi padre. Ella se vino por el impacto que esto le causó y tal vez también por el deseo de dejar ese mundo tan pequeño, ya que le gustaba escribir, tenía muchas inquietudes. Cuando partimos a Sarmiento, mi padre dejó para siempre Curepto y se hizo comerciante ambulante. Parece que hacía entregas en la Estación Central, traía cosas en un canasto; mi nana lo recordaba como la persona más generosa del mundo.

A mi madre siempre la veo joven, aun ahora que tiene 88 años. La recuerdo jovencita, con nosotras de la mano, dos niñas en cada mano, sonriente, muy alegre, nunca enojada. Entre los primeros recuerdos de la infancia, veo en Sarmiento una casa vieja, donde había unos manzanos, olivos y aceitunas.

A veces la nana iba a lavar al estero y nos llevaba a nosotras por un camino de mucha vegetación y con sauces. Algo que me marcó mucho fueron las historias de la nana, que siempre estaba cantando, inventando

cuentos de brujas, de terror y de espanto. No me daba miedo, nada me daba miedo, a veces me iba caminando por un bosquecito cerca de la casa y llegaba donde la señora Rumelia, que vivía en una ruquita, alejada, muy alejada de todos.

De estos años de Curepto y Sarmiento, a menudo me asalta el recuerdo de andar corriendo detrás de un novillo o descalza por el pasto, en un día de mucho sol, y llegar a descansar debajo de un árbol para descubrir en él manzanas cristalinas.

De mi padre, Heraclio, tengo un vago recuerdo. Pero sí se me quedó grabada la imagen de cuando él llegó furioso un día a la casa y pensé que iba a maltratar a mi mamá. Ella nos gritó que fuéramos a buscar a la señora María, de la estación de trenes. En esa ocasión mi papá nos había llevado de regalo una bufanda a cada una. Siento, como si fuera hoy, que nosotras corríamos y corríamos, y el viento nos daba en la cara; lloraba, y la bufanda amarilla se movía por todos lados. Y ya de por vida detesté, sin saber por qué, ese color. No me gustaba y no me gustaba. Aún ahora, después que descubrí en mi subconsciente ese recuerdo doloroso y se me hizo claro el porqué, no me puedo reconciliar con ese color, y mis sueños feos son de color amarillo; cuando tenía que negar mi nombre, lo veía escrito en amarillo.

Es que tengo la imagen: mi mamá en la cama llorando y mi papá tirándola de los pies. Él no volvió más a Sarmiento.

Pero siempre quise a mi padre, su imagen aventurera me atraía. Y tanto así, que cuando a los 4 ó 5 años me retaban, yo tomaba una maleta, ya en Talagante, una maleta de mimbre, y le decía a mi mamá: "*Me voy con mi papá*". Claro que al rato volvía, arrastrando la maleta de mimbre.

III

LA FELICIDAD DE TALAGANTE

Desde Sarmiento partimos a Talagante y llegamos a vivir en una casa grande, vieja, oscura. Tenía muchos árboles, muchos paltos. Había sauces, moras, flores de todo tipo, calas, cartuchos, campanitas. En el jardín había, bordeando la casa, una acequia muy sucia. Y ahí nos bañábamos.

Desde esa casa grande, arrendada, nos trasladamos a una del Servicio de Seguro Social, que entregaban a familias con numerosos hijos. Era una casita tan chiquitita, pero tan linda para mí. Tenía baño de tina y el día sábado podíamos bañarnos con agua caliente que se calentaba en la cocina de leña, en baldes. No se cómo me conseguí unos patos. Hice un hoyo en el patio y yo vivía echándole agua con una palangana; también crié conejos. Recuerdo que quería ayudar en mi casa ya que tenía tantas necesidades. Así que también me iba al cerro a recoger “huilles”, que eran tan olorosos, y traía un montón de leña para la cocina.

Teníamos mucho espacio donde jugar. Siempre había muchos niños; cuando podíamos nos arrancábamos al campo a saltar sobre los yuyos, a reírnos, a tumbarnos sobre el pasto para mirar el cielo, bañarnos en el río, o correr sobre el puente donde pasaba el tren que iba a Cartagena. Era tan, tan, feliz. Esa felicidad fresquita de aire y sol.

El primer año en Talagante estuvimos con mi madre; al año siguiente ella partió a Santiago, porque allí tenía la posibilidad de trabajar en dos colegios. En uno de ellos le daban alojamiento, con la condición de que ayudara a las alumnas a hacer las tareas después de clases. Partía los lunes a las cinco de la mañana y volvía a casa los viernes por la tarde: nunca cansada, siempre afectuosa, siempre sonriente, y era una fiesta. A veces mi nana podía hacer un pedazo de asado los días domingos, al cual le ponía harina tostada para que no se escapara el jugo.

Al llegar el fin de año, nunca nos faltó el arbolito de Navidad, y los juguetes que nos traía mi mamá de su escuela los ponía bajo el árbol. Para conseguirlo, nos íbamos al Estadio que quedaba al lado del Cementerio y ahí nos robábamos un pino, el más hermoso, el más grande. Caminábamos unos cinco kilómetros con él al hombro (¿tendríamos seis, siete años?). Ya en la casa, lo adornábamos con guindas y algodón. Tiempo después aprendí a hacer farolitos. Colocábamos el pino dentro de un tarro con tierra, tapábamos el tarro con un papel de regalo, y allí lo dejábamos hasta que se secase. Así fue siempre. Nunca nos faltó un árbol de Navidad natural, nada de artificiales. Claro que en ese tiempo los problemas ambientales no eran de la magnitud de hoy y no estaba en marcha la protección contra la depredación de nuestros bosques y tierras por las grandes empresas forestales, que impide que en la actualidad se arranque un árbol o una rama de él.

Pero ya en esos tiempos la Navidad y el año Nuevo se asociaban en mí a la tristeza. A veces me veo por años sola con la nana. Mi mamá no podía estar, y aunque no sentía la ausencia de mi padre, esas fechas eran de alegría asociada a la pena. Y seguí llorando en la adolescencia, la juventud, ya casada con hijos. El golpe del 73 frenó esas lágrimas.

Todo era un correr, saltar, leer, hasta que llegaban los gitanos. Por el mes de septiembre u octubre empezaban a aparecer los gitanos con sus carretas, sus carpas, sus costumbres distintas y sus vestidos de alegres e infinitos colores. Yo me iba desde la escuela caminando por un lugar bien desolado y llegaba al estadio, donde estaban mis nuevos amigos. Misteriosos y hospitalarios, no como decían todos: que se robaban a los niños.

Conversaba horas y horas, alguna vez comí con ellos, los vi bailar, contar historias, y les regalaba lápices a cambio de que me vieran la suerte. Yo me habría ido con los gitanos...

Por entonces ya era aventurera: me arrancaba después de la escuela junto a una compañera, hija de un campesino, y caminábamos kilómetros hasta Santa Ana. Llegábamos a su casa y ahí me ofrecían una taza de café con leche y pan amasado, ¡qué cosa más rica!

En la escuela me querían y no me querían mucho, era una buena alumna y recibía premios, pero también era terriblemente desordenada, lo que llevaba a que algunas madres les prohibieran a sus hijas que se juntaran conmigo. Una de mis profesoras, la señorita Teresa, me quería y me decía "*mi Gladys*". Otra, más joven, la señorita Dylcia, pituca y estirada, que tenía un novio con pinta de galán mexicano, me "tomó mala" y me llamaba la atención por mis escapadas y desórdenes. Una vez fue tan pesada que me hizo llorar, y como yo me sentía con la garganta seca y apretada, me tomé el agua hedionda de un florero. Tenía 9 años.

Era descuidada. Todavía recuerdo a mi nana, enojada porque había asistido a un acto con el mismo delantal de siempre y no con "el traje" que ella me tenía preparado para ocasiones excepcionales. A veces escribía poesías y composiciones que me hacían leer en la plaza. Talagante no era un pueblo muy grande, pero tenía sus tradiciones: la marcha de los bomberos, los bailes en la plaza, los Dieciocho celebrados en el Estadio, donde se instalaban las ramadas. Y lo que más me gustaba era la Fiesta de la Primavera. Tanta gente, tanta música, tantos "curados" a quienes se les caían pesos del bolsillo, pesos que nosotros recogíamos ávidamente.

En más de una oportunidad me acusaron en el colegio de que yo andaba llevando a mis compañeras a ver a los gitanos. Llamaron a la escuela a mi nana y ella contestó que las niñas iban por su propio gusto, porque mis compañeras eran muchas y yo no podía llevarlas a todas de la mano.

Recuerdo cuando la mamá nos compró patines: podíamos recorrer el mundo más rápido. Todo giraba a una velocidad asombrosa, corríamos y

corríamos muchos niños, siempre jubilosos, en patota los Espinoza, las Marín, las Maturana. También nos conseguimos bicicletas y recorríamos en un santiamén el pueblo entero. Las más de las veces me arrancaba en bicicleta hacia el pueblo más cercano, que era El Monte. Fui muy desordenada, pero buena alumna. Aún está viva la profesora por quien sentí tanto afecto: la señorita Oriana Calderón, a la cual yo quería que eligieran reina de la primavera, porque la encontraba la más linda. Igual se enojó conmigo cuando, sin consultarle, organicé la venta de votos en el pueblo, para elegirla reina...

El horror en esa escuela básica de Talagante era cuando nos daban aceite de bacalao como golpe vitamínico. Era tan asqueroso que después que lo tragaba me apretaba bien la correa del bolso al cuello, para que el dolor de mi cuello fuera más fuerte que ese gusto insoportable.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, tesis, testimonios, discursos, fotos, prensa, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores.